



UNIVERSIDAD
CATÓLICA DE
TEMUCO

VICE GRAN CANCELLERÍA



PONTIFICIA
UNIVERSIDAD
CATÓLICA
DE CHILE

Custodiar lo humano

Identidad Católica y misión universitaria en un mundo que cambia

Jornada Sello · Universidad Católica de Temuco

P. Osvaldo Fernández de Castro P.

Vice Gran Canciller · Pontificia Universidad Católica de Chile

Introducción — ¿Babel o Jerusalén?

*Saludo a las autoridades, al Obispo, a la Rectora, al Vice Gran Canciller, a los vicerrectores, al cuerpo académico y administrativos, a los estudiantes.
Agradecer la invitación y la hospitalidad de la Araucanía.*

Gracias por recibirme en esta casa. Y gracias, sobre todo, por el día en que me reciben: la Jornada del Sello, ese momento en que esta comunidad se detiene a preguntarse no qué hace, sino quién es; no por sus indicadores, sino por su alma. Me honra que hayan querido pensar en voz alta, este año, sobre lo más propio de su identidad; y me atrevo a decirles que todo lo que traigo para compartir no es, en el fondo, más que un largo intento de nombrar ese sello. Vengo de otra universidad católica, hermana de esta, y vengo a compartir una pregunta que no es original mía, ni tampoco de ustedes, es de la Iglesia entera: ¿qué significa, hoy, ser una universidad católica? Y más agudamente todavía: ¿para qué sirve hoy una universidad, y para qué una que además se dice católica?

Y esta tierra me regala, de entrada, una imagen para plantearla. Hay aquí un árbol emblemático: la araucaria, el pehuén. Un árbol que puede vivir mil años, que no tiene ninguna prisa, que hunde sus raíces en el suelo volcánico y crece despacio hacia la luz, y cuyo fruto ha alimentado durante siglos a la gente de esta zona. Raíces hondas, crecimiento lento, fruto que alimenta. Porque de eso vengo a hablarles, y porque nada de eso se parece al mundo en que crecen hoy nuestros jóvenes.

Permítanme introducir esta reflexión con una paradoja. Los jóvenes que llegan cada marzo a nuestras aulas pertenecen a la generación más conectada de la historia humana. Nunca un ser humano tuvo acceso a tanta información, a tanta gente, a tanto estímulo, con solo deslizar un dedo. Y, sin embargo, nunca una generación se declaró tan sola, tan ansiosa, tan cansada. Tenemos más

información que ninguna civilización anterior y, a la vez, la sospecha inquietante de tener menos sabiduría. Estamos rodeados de respuestas, pero a veces nos faltan las preguntas que verdaderamente importan. No es que no se sepa cómo resolverlas, sino que en muchos ni siquiera existe el interés por el sentido más trascendente de la vida y de lo que hacemos.

En mayo de este año, León XIV publicó su primera encíclica. Le puso un título contundente: *Magnifica Humanitas*, «sobre la custodia de la persona humana en el tiempo de la inteligencia artificial». Y la abre con dos imágenes bíblicas que quiero usarlas como introducción a esta reflexión. La primera es la torre de Babel: una humanidad que decide construir «una sola lengua, una sola tecnología, una sola dirección», pero —dice el Papa— «sin referencia a Dios», con una uniformidad «que elimina la diversidad» y que «sacrifica la dignidad de las personas en aras de la eficiencia». La segunda imagen es la reconstrucción de los muros de Jerusalén bajo Nehemías en el siglo V antes de Cristo: una ciudad que renace no por la iniciativa de uno solo, sino «a través de la responsabilidad compartida de todo el pueblo», una obra que «reconstruye los vínculos incluso antes que las piedras».

La primera elección no es entre un «sí» o un «no» a la tecnología, sino entre construir Babel o reconstruir Jerusalén. (Magnifica Humanitas, n. 9)

Guardemos esa imagen, porque será el eje de todo lo que diga esta mañana. La pregunta de fondo de nuestra época no es tecnológica; es una pregunta sobre

qué humanidad queremos ser. Y ahí, exactamente ahí, está el lugar de la universidad católica.

En octubre de 2025, el mismo Papa León, en el contexto del año jubilar, firmó una Carta Apostólica dedicada precisamente a la educación —*Diseñar nuevos mapas de esperanza*— y en ella nos entregó una definición muy luminosa de lo que estamos llamados a ser:

La educación católica puede ser un faro: no un refugio nostálgico, sino un laboratorio de discernimiento, innovación pedagógica y testimonio profético. (Diseñar nuevos mapas de esperanza)

No un refugio nostálgico. No un museo de certezas amenazadas. Sino un laboratorio. Esa es la apuesta de esta reflexión: que la identidad católica de la universidad no es un límite que nos defiende del mundo, sino la fuente de la que brota nuestra mejor propuesta para el mundo. Porque tenemos mucho que decir sobre lo humano —sobre esa «humanidad magnífica»— que nadie más está diciendo con la misma hondura, y que el mundo necesita hoy con urgencia.

Los invito, entonces, a un recorrido: desde *la idea de universidad*, hacia la humanidad que queremos formar. Y aterrizar, al final, en esta tierra, la Araucanía, donde la pregunta se vuelve concreta.

1.- ¿Qué es una universidad?

Antes de preguntarnos qué hace católica a una universidad, conviene una pregunta más básica y que muchas veces damos por respondida: ¿qué es una universidad? Para esto no hay mejor maestro que un converso inglés del siglo XIX, el Cardenal John Henry Newman, hoy santo, que en 1852 escribió lo que

sigue siendo el texto clásico sobre el tema: *La idea de Universidad*. Lo hace en el contexto de la Revolución Industrial, en el momento exacto en que la utilidad

práctica empezaba a devorarlo todo. Y su tesis es de gran audacia: el fin de la universidad es el saber mismo:

El conocimiento es capaz de ser un fin en sí mismo. (Newman, IU 142)

A su compatriota Francis Bacon, que había proclamado la visión utilitarista *ipsa scientia potestas est* (saber es poder) en 1597, Newman responde que el sentido del saber es puramente el saber mismo. No se estudia para conseguir un empleo, ni siquiera para ser mejor persona: se estudia porque la verdad merece ser buscada, descubierta y contemplada por sí misma. La universidad, dice Newman, no forma a un profesional, forma a una persona integral con toda su capacidad racional. Cultiva lo que él considera el fruto superior de la educación liberal: el *hábito filosófico de la mente*. Esto es un modo de mirar la realidad que sabe «considerar muchas cosas unitariamente como un todo», es decir, la perfección de la mente humana se logra no al ver los datos aislados, sino al conectarlos en un sistema universal y así ubicar cada cosa en su lugar: ponderar, juzgar, distinguir. Un hábito cuyos atributos son «la libertad, la equidad, la calma, la moderación y la sabiduría».

Detengámonos aquí, porque esto es más contemporáneo de lo que parece. La gran tentación de la Universidad hoy es reducirse a una gran escuela de capacitación. Esto significa medir su valor por la empleabilidad de sus egresados, por su lugar en los rankings, por la rapidez con que un título se convierte en salario. Newman llamaría a eso «instrucción», y lo distinguiría de la «formación». La instrucción nos llena de datos, pero la formación

transforma y moldea nuestra vida. Y una universidad que solo instruye ha olvidado su propio sentido de para qué existe.

Lo vemos cada año, cuando nuestros jóvenes eligen carrera. Han oído toda su vida qué estudios son «los más rentables y exitosos», y es probable que muchos decidan combinando el puntaje, el consejo de la familia y la publicidad de alguna universidad. Está bien, pero no basta, porque hay una pregunta que ningún ranking responde: qué van a hacer con su vida. Formar —y no solo instruir— es cuidar que esa pregunta no se apague bajo el ruido de la empleabilidad.

Lo asombroso es que, ciento setenta y tres años después, León XIV dice casi exactamente lo mismo que Newman, en *Diseñar nuevos mapas de esperanza*:

Una persona no es un «perfil de competencias», no se reduce a un algoritmo predecible, sino que es un rostro, una historia, una vocación. (Diseñar nuevos mapas de esperanza)

Un rostro, una historia, una vocación, esto sí que tiene que ver con la esperanza en la humanidad. Contra esto atenta toda pedagogía que trata al estudiante como un recipiente que hay que llenar de destrezas rentables. La universidad católica se planta aquí y dice: no. La persona vale por lo que es, no por lo que produce. Y por eso la educación —añade el Papa— «no es solo transmisión de contenidos, sino aprendizaje de virtudes»; forma «hombres y mujeres más libres, que ya no están solos».

Hay un segundo aporte de Newman que necesitamos hoy más que nunca: su defensa de la unidad del saber. La palabra misma, *universitas*, significa que todo el conocimiento forma un solo cuerpo, porque su objeto —que es la

realidad— es uno. Las ciencias son como ventanas distintas de una casa; cada una ve un aspecto, ninguna ve el todo. Y por eso se necesitan mutuamente. Cuando esa unidad se rompe, advierte Newman, la *universitas* se degrada en *pluriversitas*: una mera yuxtaposición de saberes que ya no se hablan,

especialistas que lo saben todo de su parcela y nada del conjunto; en la frase de Max Weber «especialistas sin alma». O volviendo a nuestra imagen inicial: Babel.

Piensen en cuán actual es este diagnóstico. La fragmentación del saber, la hiperespecialización, la incomunicación entre las disciplinas: todo eso Newman lo vio venir. Y su respuesta es que la universidad debe ser el lugar donde el saber vuelve a integrarse, donde un ingeniero se pregunta por la ética, donde un médico lee poesía, donde las grandes preguntas —quiénes somos, de dónde venimos, hacia dónde vamos— no quedan ausentes en ninguna carrera. En esto la teología y la filosofía cumplen un papel que Newman consideraba insustituible: no como saberes que se imponen a los demás, sino como los que ayudan a cada ciencia a encontrar su lugar y su sentido dentro del conjunto.

Newman lo lleva un paso más lejos: una universidad que expulsa la teología se queda con un espacio vacío y neutral. Ese espacio lo ocupa enseguida otra disciplina —ayer la economía o la biología, hoy la ingeniería de datos— que termina respondiendo, casi sin advertirlo, a las preguntas últimas sobre el ser humano, y respondiéndolas peor, porque no es su oficio. Por eso escribió que «la verdad religiosa no es una parte, sino una condición del conocimiento general»: no una rama más del árbol, sino parte del aire que respira el conjunto. Una universidad sin teología, decía, es como una casa sin techo: se puede habitar un tiempo, hasta que llueve.

Y Newman dice que el fin propio, inmediato, de la universidad no es moral ni religioso, sino intelectual: «La educación liberal no hace al cristiano, al católico, sino al gentleman (caballero)» (IU 159). La universidad católica no adoctrina desde la cátedra ni confunde la clase con la homilía. Sino que forma inteligencias; y confía en que una inteligencia rectamente cultivada, honesta en

su búsqueda de la verdad, se abre por sí misma a la trascendencia. La fe más que un contenido es una luz.

2.- Magnífica Humanitas: qué humanidad queremos formar

Si la universidad forma personas, la pregunta decisiva es: ¿qué idea de persona la guía? Aquí llegamos al corazón de nuestra identidad católica. Porque lo propio de una universidad católica no es tener una capilla, ni una pastoral, ni un crucifijo en la sala —aunque todo eso importa—. Lo propio es una determinada comprensión del ser humano que impregna todo lo demás.

El título de la encíclica de León XIV lo dice en dos palabras latinas: *Magnífica Humanitas*, una humanidad magnífica. No una humanidad reducida, funcional, optimizada; una humanidad espléndida. ¿De dónde viene ese esplendor? De que reconocemos a Dios como Padre de todos. Y si Dios es Padre, entonces cada ser humano es hijo, y esa filiación es el fundamento de una dignidad que no depende de nada.

La dignidad fundamental de cada persona no se adquiere, no debe ganarse ni necesita ser demostrada. (Magnífica Humanitas, n. 53)

Leámosla despacio. No se adquiere: ya la tienes al nacer. No debe ganarse: no depende de tus logros ni méritos. No necesita ser demostrada: no tienes que

rendir examen de tu propia valía. Contra toda una cultura que nos evalúa sin descanso —por nuestra productividad, nuestra apariencia, nuestros seguidores, nuestro rendimiento—, la fe cristiana afirma que tu valor es anterior a todo eso. Y eso es indestructible. El Papa advierte de que la dignidad está hoy amenazada de ser reducida a lo que uno hace o produce. Formar una humanidad magnífica es, antes que nada, resistir a esa reducción.

Y esa reducción agota a la persona. El filósofo Byung-Chul Han ha descrito nuestra época como «la sociedad del cansancio»: ya nadie nos obliga desde fuera; nos exigimos a nosotros mismos en nombre del rendimiento, hasta volvernos, a la vez, el esclavo y el capataz. Es la fatiga de quien vive para merecer —el afecto, el reconocimiento, la nota, el puesto— y descubre que nunca es suficiente. La fe cristiana rompe esa lógica de raíz: no somos, dice el Evangelio, trabajadores que esperan la paga al fin de la jornada. Quien se sabe amado gratuitamente descansa, no porque deje de entregarse, sino porque ya no lo hace para comprar nada. Si comprendemos la dignidad como algo recibido y no conquistado, entonces quedamos liberados del agotamiento de tener que demostrarla todo el tiempo.

Hay una segunda intuición en la encíclica que me parece muy significativa, y que quiero subrayar porque va contra toda la corriente de nuestra época. Es cuando habla del límite. Vivimos en una cultura que sueña con abolir todos los límites: el límite del cuerpo, del cansancio, de la enfermedad, de la vejez, de la muerte. El transhumanismo promete un ser humano «mejorado», sin fronteras, sin el límite de la muerte. De fondo está el concepto de que nuestro valor está en la perfección. León XIV responde:

El ser humano no florece a pesar del límite, sino a menudo a través del límite. (Magnifica Humanitas, n. 118)

A través del límite. Es en la fragilidad —no en su negación— donde maduran la relación, el cuidado, la ternura, la apertura al otro y a Dios. Un ser humano sin límites no sería un superhombre: sería alguien que ya no necesita de nadie, y por tanto alguien que ya no ama. Porque nos necesitamos mutuamente, y esa necesidad no es una debilidad que haya que superar, sino la condición misma

de que el amor sea posible. Lo dice la primera página de la Biblia, en Génesis 2, donde Dios mismo da una verdadera definición de lo humano: “No es bueno que el hombre esté solo”. La criatura que se basta a sí misma no ama; solo ama quien reconoce que le falta el otro. Esa dependencia del otro, que en el mundo actual puede ser entendida como un defecto, en cristiano la comprendemos como la posibilidad de realización y de plenitud.

El Evangelio tiene un ejemplo para esto. Frente al fariseo que ora enumerando sus méritos —y que, sin advertirlo, cree que habla con Dios pero en realidad solo se escucha a sí mismo—, está el publicano que no tiene nada que exhibir y solo acierta a reconocer su fragilidad y abrirse a la misericordia. Es él, y no el hombre íntegro y autosuficiente, quien vuelve a casa transformado. También aquí el ser humano florece a través del límite: no el que se basta a sí mismo, sino el que se sabe necesitado.

Esta es la humanidad que una universidad católica quiere formar: personas conscientes de su dignidad inviolable y, a la vez, de su fragilidad fecunda; capaces de buscar la verdad con rigor y de servir con caridad; abiertas a la trascendencia y con profundos vínculos humanos. Nuestros estudiantes no son unidades de aprendizaje: son rostros, historias, vocaciones. A ellos queremos

formarlos de forma integral, pues cada uno lleva dentro esa humanidad magnífica y herida a la vez. Nuestra tarea —la de toda la comunidad universitaria, no solo de la pastoral— es custodiarla.

3.- Nuestros jóvenes: pantallas, ansiedad y la soledad

Formamos personas concretas, no abstracciones. Sería una ceguera hablar de identidad católica sin mirar de frente a los jóvenes reales que cruzan cada día nuestros campus. ¿Quiénes son? Son la primera generación que no recuerda un mundo sin internet; que llegó a la adolescencia con un teléfono en la mano; que

ha vivido buena parte de su vida afectiva, social y sexual mediada por una pantalla. Tienen virtudes que a veces no sabemos reconocer: son sensibles a la injusticia, alérgicos a la hipocresía, capaces de una empatía global inédita. Y cargan heridas nuevas.

La primera de estas heridas es la epidemia silenciosa de nuestro tiempo: la salud mental. Ansiedad, depresión, crisis de pánico, autolesiones, ideación suicida, en cifras que ninguna generación anterior conoció a esta edad. Sería simplista culpar solo a la tecnología; hay factores múltiples. Pero sería ciego no ver que algo en el modo actual de vivir está enfermando a nuestros jóvenes. Frente a esto, es necesario el acompañamiento profesional, la psicología y la psiquiatría, el cuidado serio de la salud. Una universidad que ama a sus jóvenes invierte en salud mental como invierte en laboratorios.

Dicho eso, hay algo que la sola clínica no alcanza a nombrar, y que nuestra tradición cristiana sí conoce muy bien: debajo de mucha ansiedad hay una profunda crisis de sentido. León XIV describe lo que llama la «*arquitectura de la visibilidad*»: esas plataformas que «premian y amplifican solo lo que es visible», moldeando las opiniones y «generando conformismo». Nuestros

jóvenes han crecido dentro de una máquina que los mide, los compara y los expone permanentemente. Han sido educados, sin quererlo, en la idea de que existir es ser vistos. Y no hay soledad más honda que la de quien se siente permanentemente observado y, a la vez, profundamente desconocido.

Lo veo en tantos jóvenes que se ilusionaron con un mundo que les prometía satisfacción en lo material y que, teniéndolo casi todo, viven atrapados en la pérdida del sentido, incapaces de establecer relaciones sinceras y profundas. Es la insatisfacción del joven rico del Evangelio: un dolor que no viene de lo que

falta, sino de haber puesto el corazón donde no descansa. Vivimos una crisis masiva por el sentido de la vida, y ese vacío no se llena con más bienestar.

Aquí aparece la paradoja de la hiperconexión y la soledad juntas. Estar conectado no es estar acompañado. Tener quinientos contactos no es tener un amigo. Y frente a esto, la universidad católica ofrece algo que hoy resulta casi contracultural: una comunidad de verdad. No una red, sino un cuerpo. Newman lo había visto: para él, la universidad es un lugar donde maestros y estudiantes conviven, piensan juntos, donde el conocimiento se transmite en una relación. De ahí su convicción de que el testimonio del maestro enseña tanto como su materia.

Esto nos interpela a todos. Un joven que atraviesa una crisis no recordará la ecuación que le enseñamos; recordará al profesor que lo miró a los ojos, que notó que faltaba, que le preguntó cómo estaba. La comunidad universitaria es, o debería ser, una red de relaciones fiables. Una escuela debe dar precisamente lo que lo digital no puede dar: «tiempo compartido para aprender y relaciones fiables» (MH n. 147). Contra la soledad no hay algoritmo; hay comunidad. Y

construir comunidad es hoy, para una universidad católica, un acto casi profético.

4.- El desierto interior

Si el ser humano es cuerpo, mente y espíritu —una unidad indivisible—, entonces una educación que cultiva la mente y descuida el espíritu no es integral. Y, sin embargo, la dimensión espiritual es la gran ausente de casi toda

conversación sobre educación superior. Quiero reivindicarla, y quiero hacerlo con la pedagogía del desierto.

Juan Bautista vive y predica en el desierto. ¿Por qué el desierto? Porque el desierto es el lugar del silencio, de la austeridad, del espacio para lo esencial. En el desierto se aprende una verdad que la ciudad nos hace olvidar: que la vida es camino, no instalación. Hoy, en medio del ruido y la prisa, urge recuperar ese desierto interior donde Dios habla y donde descubrimos lo que de verdad importa. La vida espiritual no es, en primer lugar, una serie de prácticas religiosas —aunque estas son importantes para quienes las profesan—. Es, más hondamente, la capacidad de habitar el propio interior; de hacerse las grandes preguntas sin huir; de encontrar un silencio que es plenitud.

Seamos sinceros: no sabemos hacer silencio. Preferimos rehuir las preguntas fundamentales, como si no tuviéramos la valentía de responderlas, y seguimos en el ruido y el ajetreo de la ciudad. Vivimos como Marta, «inquietos y agitados por muchas cosas», cuando la preocupación por la eficacia y los resultados absorbe todas nuestras fuerzas y termina, sin que lo notemos, robándonos la

paz. Pero hay preguntas —quién soy, de dónde vengo, hacia dónde voy— que no se resuelven por fuera: la respuesta está por dentro, y ese camino nadie puede recorrerlo por uno. Por eso el descanso que de verdad buscamos comienza con el valor de detenernos, pues el cansancio más hondo no se cura durmiendo, sino confiando.

Y noten la conexión con todo lo anterior. La misma máquina que produce ansiedad y soledad, el teléfono, produce también una imposibilidad casi física de silencio. La notificación permanente es enemiga de la interioridad. Un joven que nunca está solo consigo mismo —porque la pantalla siempre lo rescata del

silencio— es un joven al que le estamos robando la posibilidad del encuentro consigo mismo, con los otros y con Dios. Por eso la formación de la interioridad no es un lujo devocional: es una urgencia antropológica.

Hay una filósofa del siglo XX, Simone Weil, que unió el estudio y la vida interior de un modo que a los universitarios debería iluminarnos. Ella observó que el verdadero fruto de resolver un problema de geometría o de traducir una página de latín no es solo el resultado: es el ejercicio de la atención. Y se atrevió a escribir una frase asombrosa: «en su grado más alto, la atención es lo mismo que la oración». Es decir: cada vez que un estudiante se concentra de veras, en silencio, sin huir hacia la pantalla, está aprendiendo sin saberlo la gramática de la contemplación. Por eso lo que la notificación permanente nos roba no es solo tiempo: es la capacidad misma de atender, que es la raíz común del estudio serio y de la vida del espíritu. Formar la interioridad y formar buenos estudiantes son, al final, la misma tarea.

Aquí la universidad católica tiene una oferta específica. La pastoral universitaria es el espacio donde cada miembro de la comunidad puede cultivar

su vida de fe, su vida comunitaria y su servicio a los más necesitados. Pero la vida espiritual desborda la pastoral. Se juega también en el aula: en el profesor que abre al estudiante al asombro, que deja que una pregunta quede abierta, que muestra que el saber no abarca la totalidad del Misterio, sino que lo profundiza. Newman hablaba del “asombro” como raíz de todo saber verdadero. Formar la interioridad es enseñar a mirar hondo; y quien aprende a mirar hondo, tarde o temprano, se encuentra con Dios. Y esto lo pensamos para todos los que forman nuestra comunidad universitaria, sean católicos, creyentes o ateos. Aunque algunos no sospechen que tienen un mundo interior, o no les interese, nosotros sí sabemos que lo tienen, y les ayudaremos a entrar en él. Esta es una de las claves antropológicas de nuestra identidad católica.

5.- La inteligencia artificial: la prueba de lo humano

Finalmente quiero hablarles del desafío más nuevo y que en cierto sentido lo resume todo. La inteligencia artificial no es un tema técnico más: es el lugar donde hoy se juega, con una intensidad inédita, la pregunta por lo humano. Por eso León XIV le dedicó su primera encíclica. Y por eso quiero abordarla no con tecnofobia ni con entusiasmo ingenuo, sino con el discernimiento que nuestra tradición cristiana sabe ofrecer.

La tecnología, dice el Papa, no es algo nuestro que depende del uso que se le da. No. Toda tecnología lleva inscrita una visión del mundo, unos intereses, un modelo de negocio. La inteligencia artificial que usamos fue concebida por alguien, financiada por alguien, orientada a unos fines. Por eso el Papa nos invita a una pregunta realista y valiente: «¿quién detenta hoy ese poder y hacia qué fines lo orienta?». Y llega a usar una expresión sorprendente: hay que

«desarmar la IA» (n. 110) —sustraerla de la lógica de la competencia militar, económica y cognitiva; impedir que unos pocos la dominen y que ella domine al ser humano. Con una advertencia de justicia muy importante: «no sirve una IA más moral si esa moral la deciden unos pocos» (n. 107).

Pero hay un peligro más íntimo, más cercano a nosotros como universidad, y es este: que la IA nos ahorre el trabajo de pensar. Y aquí, milagrosamente, Newman y León XIV se dan la mano a un siglo y medio de distancia. Para Newman el fin de la universidad no es acumular datos —eso es un «cuánto»—, sino formar un hábito de juicio, un «cómo». Pues bien: una máquina que entrega respuestas instantáneas a todo puede, si no tenemos cuidado, apagar precisamente eso. El Papa lo dice con una imagen que a un educador le duele:

[Que no se apague en los jóvenes] el deseo de hacer preguntas a causa de máquinas perfectas que hacen parecer inútil el pensamiento humano. (Magnifica Humanitas, n. 140)

Y propone algo que nos suena a disciplina monástica: «*debemos educarnos en el ayuno de la IA*» (n. 140). El ayuno de IA. Así como el ayuno de comida nos recuerda que no vivimos solo de pan, el ayuno de IA nos recuerda que la inteligencia humana tiene un valor que ninguna máquina sustituye: la capacidad de juzgar, de discernir, de crear, de amar la verdad más que el resultado inmediato. La IA puede simular al ser humano —imitar su lenguaje, sus respuestas— pero no posee, dice el Papa, «conciencia moral, empatía, capacidad afectiva, relacional ni espiritual». Puede darnos información; no puede darnos sabiduría. Y la universidad existe para la sabiduría. Qué importante sería generar en nuestras universidades espacios puntuales de

ayuno de IA, donde el encuentro y la reflexión, tengan la exclusividad. Como de otra época: cara a cara, con lápiz y papel...

Lo pide en la Carta sobre educación: que la inteligencia artificial «*vaya acompañada de una reflexión teológica y filosófica a la altura*». ¿No es esto, precisamente, la vocación de una universidad católica? Ser el lugar donde la técnica más poderosa se somete a las preguntas más hondas. Donde no se pregunta solo «¿podemos hacerlo?», sino «¿debemos hacerlo?, ¿al servicio de quién?, ¿a qué precio para los más frágiles?».

La conclusión de León XIV es de una claridad que ilumina toda esta conferencia: ante la IA, «la verdadera alternativa no está entre el entusiasmo y el miedo, sino entre dos formas de construir el progreso: al servicio de la persona y de los pueblos, o al servicio de las lógicas de poder» (n. 129). Babel o

Jerusalén, otra vez. Y esa elección, dice, «comienza por cada uno». También en el aula. También en cómo enseñamos a nuestros estudiantes a usar estas herramientas: como siervas de su inteligencia, nunca como sustitutas de su alma.

6.- Reconstruir Jerusalén en la Araucanía

Todo lo que he dicho hasta aquí vale para cualquier universidad católica del mundo. Pero es necesario aterrizar esta reflexión en esta tierra concreta, con sus rostros, historias y vocaciones. La Universidad Católica de Temuco nació bajo el alero de la Diócesis San José de Temuco como expresión de su acción evangelizadora y su tarea de colaborar en la construcción del Reino no solo en la región, sino también en el país. Su identidad habla de pastoral, comunión, fe

y vida. Y está enclavada en el corazón de la Araucanía, tierra hermosa y herida a la vez.

Ustedes le han puesto a esa identidad un nombre preciso, y lo llevan escrito en su modelo educativo: un sello humanista cristiano. Me detengo en esas dos palabras, porque resumen todo lo que he intentado decir esta mañana. Humanista: que pone a la persona —su dignidad, su fragilidad, su vocación— en el centro de todo, por encima del dato, del rendimiento y del algoritmo. Y cristiano: que sabe de dónde le viene a esa persona su dignidad, y por eso la cuida hasta el final, también cuando ya no produce. Un sello humanista cristiano es una manera de mirar al que tenemos delante. Es, exactamente, el cuidado de lo humano.

Y conviene decir qué es y qué no es un sello. No es una pieza de museo que se conserva bajo vidrio, ni una etiqueta que se hereda sin esfuerzo. La identidad —lo dicen sus propios documentos— no es algo estático: es una forma dinámica

de realización, un conjunto de rasgos propios que hacen a esta casa reconocible sin ambigüedades. Es decir: el sello no se tiene, se hace; se imprime cada día en decisiones concretas. Por eso la pregunta de una Jornada del Sello no puede quedarse en «¿quiénes somos?»; tiene que avanzar hasta «¿qué hacemos con lo que somos?, ¿a quién servimos?, ¿de quién nos hacemos responsables?». Una universidad orgullosamente católica, regional y de servicio público —así se definen ustedes— responde a esa pregunta mirando a su región, al país y también a la Iglesia.

Pero conviene decirlo con honestidad, y este es quizá el punto más incómodo de la mañana: la tentación de Babel no está solo «afuera», en la cultura que criticamos; anida también aquí dentro. También nosotros medimos a las

personas por indicadores, también nos dejamos seducir por los rankings y por la lógica del rendimiento que susurra que vale más quien más produce. En nuestras propias aulas hay estudiantes que se atrasan, que faltan, que se apagan, y que a veces desaparecen sin que nadie repare en ellos. Un sello no se mide por lo que proclamamos en los actos solemnes, sino por lo que hacemos con el más frágil cuando nadie está mirando. Por eso una Jornada del Sello no puede ser un ejercicio de autocomplacencia: es, antes que nada, un examen de conciencia. Preguntarnos por nuestra identidad es aceptar que todavía no somos del todo lo que decimos ser, y que reconstruir Jerusalén empieza también por casa.

Para ustedes la imagen con que abrimos esta reflexión de la reconstrucción de los muros de Jerusalén, pasa a ser un desafío identitario. La estrategia de Nehemías fue comenzar por restituir los vínculos antes que las piedras. Esta región conoce de fracturas: la pobreza, el conflicto, las heridas históricas entre pueblos. La interculturalidad en contexto mapuche que esta casa cultiva es la forma concreta que aquí toma la «humanidad magnífica».

Y aquí conviene escuchar a León XIV:

La promoción del bien común no puede separarse nunca del respeto al derecho de los pueblos a existir, a custodiar su propia identidad y a contribuir con su originalidad a la familia de las naciones. (Magnifica Humanitas, n. 64)

El derecho de un pueblo a existir, a custodiar su identidad y a aportar su originalidad al conjunto: eso es, precisamente, lo que está en juego en el encuentro con el pueblo mapuche. Cultivar esa identidad no es folclore ni concesión; es reconocer que la «familia de las naciones» —y también esta

región— se empobrece cada vez que una voz se apaga o se uniformiza. Custodiar lo humano, aquí, incluye custodiar esa originalidad.

El desafío de la convivencia en esta zona no se puede reducir a números y estadísticas, sino que se refiere a rostros, historias y vocaciones. Esto es antropología teológica en acto. La herencia de Fray Bartolomé de las Casas, reflejada en la Cátedra que lleva su nombre en esta Universidad, de custodiar la dignidad de cada persona conversa muy bien con el desafío del Papa León de cuidar lo humano frente a los cambios de hoy.

Formar una humanidad magnífica, en la Araucanía, significa cosas muy concretas: formar profesionales que tengan la convicción de querer servir a esta región; investigar los problemas reales de esta tierra con rigor y con amor: la pobreza, la salud, el medio ambiente, la cultura, la convivencia; ser un puente donde otros solo ven una fractura. En un lugar donde tantos siembran desconfianza, una universidad católica está llamada a ser artesana de encuentro. Esa es, aquí, la forma de reconstruir los muros de Jerusalén.

Tejedores de esperanza

Quisiera terminar volviendo al principio. Les propuse al inicio una elección: Babel o Jerusalén. La autosuficiencia que construye torres para llegar al cielo sin Dios, o el pueblo que, reconociéndose necesitado, reconstruye juntos los muros de la convivencia. Toda esta reflexión ha sido, en el fondo, un largo argumento a favor de Jerusalén. La universidad católica es —o está llamada a ser— un pedazo de Jerusalén en medio de un mundo tentado de Babel: un lugar donde la verdad se busca por sí misma, donde la persona vale por lo que

es, donde la comunidad vence a la soledad, donde la técnica se somete a la sabiduría, y donde nadie es reducido a dato.

León XIV cierra *Diseñar nuevos mapas de esperanza* con una invitación:

Desarmen las palabras, levanten la mirada, custodien el corazón... Sean coreógrafos de la esperanza, investigadores incansables de la sabiduría, artífices creíbles de expresiones de belleza. (Diseñar nuevos mapas de esperanza)

Y no quiero que todo suene a diagnóstico y a deber, porque sería injusto además de falso. Esta casa no parte de cero: hay aquí una alegría real que vale la pena nombrar. La hay en cada profesor que todavía se emociona con lo que enseña; en los estudiantes que salen de misión a los pueblos de esta región durante el verano; en quienes, desde la pastoral, el coro o la liturgia, sostienen la vida común; en los mil gestos pequeños —un saludo por el nombre, una puerta que se queda abierta— con que esta comunidad se cuida cada día. Todo eso ya es el sello, y ya está ocurriendo. Nombrarlo y agradecerlo nos recuerda que la esperanza no se fabrica desde la nada, sino que se cuida y se hace crecer allí donde ya germina. Y por eso este es, también, un día de fiesta: un día para dar gracias y para alegrarnos de lo que Dios ya está haciendo entre ustedes.

El Papa nos deja esta invitación:

Con la misma fe de María, convirtámonos en tejedores de esperanza en nuestro mundo, compartiendo lo que somos y lo que tenemos.
(*Magnifica Humanitas*, n. 245)

Tejedores de esperanza. No espectadores de la decadencia, ni nostálgicos de un pasado que no vuelve, ni profetas de catástrofe. Tejedores. Los que, hilo a hilo, con paciencia, reconstruyen los vínculos antes que las piedras.

Aquí, en esta tierra, la palabra «tejedores» tiene un rostro concreto. La mujer mapuche frente a su *witral* sabe algo que a nosotros se nos olvida: que un tejido no se improvisa, que se hace hebra sobre hebra, que cada hilo sostiene al siguiente y que el dibujo entero solo aparece cuando se ha tenido la paciencia de no soltar la trama. Así se teje una universidad, y así se teje la esperanza: hilo a hilo, sin soltar a nadie, sin prisa...

Esa es la vocación de esta universidad, en esta tierra, en este tiempo de algoritmos y soledades.

Que cada uno de nosotros —en su aula, en su laboratorio, en su trato con el estudiante— imprima ese sello humanista y cristiano en lo que hace; y esta casa seguirá siendo reconocible sin ambigüedades, no por lo que diga de sí misma, sino por el cuidado de lo humano que deje allí por donde pase.

El sello del que hemos hablado toda la mañana tiene que ver con la institución —con su misión, su modelo, sus estructuras—, pero tiene que ver, sobre todo, con una adhesión personal. Porque muchas veces creemos que son los otros los que deben cambiar, y no nos damos cuenta de que el primer paso es siempre el

que da cada uno. A eso los cristianos lo llamamos conversión, y es algo tan propio de nuestra identidad católica que, sin ella, el sello no imprime nada. Por eso el Reino no se espera sentado: se construye caminando, y el primer tramo de ese camino lo recorre cada uno dentro de sí mismo. Gracias.